



Hay una profunda crisis económica de la que ya se han comenzado a advertir síntomas en la vida cotidiana; sin embargo, el ciudadano no acierta a desprenderse de la idea de la abundancia a la que corresponde la imagen eufórica de este salón del automóvil.

¿CRISIS O CAMBIO DE ERA?

LA POLITICA MUNDIAL A LA HORA DE LA ESCASEZ

«E» Surgen, dramáticamente urgente, ante la impotencia de la mayoría, que los socialistas tengan los ojos abiertos sobre el mundo, y no cerrados sobre sí mismos», decía hace poco el primer secretario del partido socialista francés, François Mitterrand. Es un dato. De pronto, las oposiciones de todo el mundo, y muy especialmente de Europa, encuentran que su línea de acción está en la política internacional. Hay una crisis, una gran crisis, y hay que aprovecharla. Menos cínicamente: hay que enfrentarse con ella, analizarla, buscarle soluciones. La clase política, derechas e izquierdas, se precipita sobre ella.

Pero, ¿es solamente una crisis? ¿O es que «se ha abierto una era nueva en la historia del mundo», como dice el profesor Mauricio Duverger en el trabajo que se publica a continuación? Por el momento, sólo tenemos unos cuantos datos y unas primeras repercusiones en la vida cotidiana. Hay una profunda crisis económica y una más profunda crisis moral. Suelen ir acompañadas. Si una crisis económica y social grave modifica la idea moral del mundo, conduce a unas nuevas codificaciones y a un estilo de relaciones entre los hombres y los pueblos, se dice que ha habido un cambio de época.

Tenemos la crisis. Otro profesor, Alan Day —de Economía,

en la Universidad de Londres—, la refiere a las situaciones de 1940 y de 1931, «cuando las gentes estaban completamente aturdidas respecto a lo que debían hacer». Es peor que cualquiera de las crisis de la posguerra: «Ha habido siempre una salida racional, tolerable, para cada una de las crisis de posguerra. No estoy en absoluto convencido de que haya un camino racional y tolerable que nos conduzca a través de

que se ve venir es fácil de esquematizar desde un punto de vista puramente pesimista. La reducción de horas de trabajo —incluso el cierre de fábricas— produce el paro; la angustia del paro se multiplica por el aumento de los precios de la inflación; las protestas sociales inciden a su vez en la producción; los mercados se paralizan por falta de dinero...

Políticamente, ¿a qué puede conducir todo ello? Comienza a

JUAN ALDEBARAN

ésta. La combinación de la inflación acelerada, el riesgo real del aumento del paro, las probabilidades de que se paralice la producción en el nivel actual, incluso la seria posibilidad de que caiga la producción total y un problema grave de balanza de pagos, son cosas que están sucediendo simultáneamente». Es t á describiendo la situación en Gran Bretaña, donde la escasez de energía se suma a los problemas sociales. Pero Gran Bretaña, que tiene ahora la triste vanguardia de la crisis, no es más que un espejo de lo que puede suceder —ya— en los grandes países europeos. Las grandes fábricas del continente están reduciendo sus jornadas de trabajo y el número de obreros que emplean. El ciclo

de los sindicatos deben meterse en una habitación y reconocer entre sí que si los mineros de carbón obtienen determinada ventaja, los conductores de tren no podrán obtener otra determinada. Necesitamos un instrumento institucional que conduzca el sistema de pactos entre los diversos sectores de la fuerza del trabajo a relacionarse entre sí, en lugar de pretender que cada una de sus posiciones negociadoras se refiera a la voluntad o falta de voluntad de conceder por parte de los patronos». ¿No hay riesgo de corporativismo en este tipo de institución que englobe también el Parlamento y los intereses de la industria? «Veo un gran peligro, pero veo un peligro aún mucho mayor en que nos neguemos a reconocer que el Parlamento no es eficaz al enfrentarse con esta clase particular de pacto político que está implícito en nuestra situación crítica». Pero el fascismo, dice Shonfield, puede venir por otra vía. Si las fuerzas aisladas del trabajo, los distintos sectores laborales, tienen poder cada uno de ellos para dominar la situación social, pueden provocar la reacción de los consumidores. «No tengo ninguna idea de que los consumidores son capaces de crear una poderosa organización, y que su organización puede ser tomada por peligrosos dirigentes fascistas, de extrema derecha, para producir la erupción de una

organización sindical. Esta clase de reacción sería muy comprendida por mucha gente, cuyos servicios esenciales están siendo bloqueados por el egoísmo, o aparente egoísmo, de un limitado número de personas. Debemos tener gran cuidado en no dejar que se produzca sin control este tipo de reacción. Sólo podemos evitar perder el control si somos conscientes todos nosotros de las consecuencias totales de nuestras acciones individuales, de lo cual no hay ninguna evidencia por el momento (1). Recordemos que habla también de la situación británica, pero que esta situación es equiparable a la del resto de Europa. Si no ahora, en un futuro inmediato.

En suma, lo que el profesor Shonfield propone ya como alternativa a la democracia parlamentaria es un corporativismo suave —un corporativismo democrático, por decirlo así— para evitar un fascismo agudo. No olvidemos que Mussolini no proponía otra cosa en la Italia que le elevó al poder (y la crisis económica de 1929 tuvo mucho que ver con ello) y luego lo transformó en fascismo agudo. Y que en Gran Bretaña Mussolini tuvo grandes admiradores. Entre otros, el propio Churchill.

Yendo lejos hacia adelante por una parte, y hacia atrás por otra, muchos de los analistas están viendo en la crisis actual una apertura al fascismo. Es la fascinación de los reflejos históricos, y puesto que fascismo y nazismo fueron una reacción favorecida por el gran capital y la burguesía perdedora frente al drama de la crisis económica, la ley del mimetismo obliga a pensar ahora que puede ocurrir lo mismo. Efectivamente, ante una situación de profundo malestar social, existe el riesgo de revoluciones. El mecanismo contrarrevolucionario no ha dejado nunca de estar en marcha en el mundo —por muy atrás que miremos en la Historia—, es la fuerza más alerta del mundo, mucho más que la de la revolución en sí; en este periodo parece que se está reforzando. En sucesos como los de Chile y Grecia se quiere ver, ya, un síntoma. A nadie escapará que esta es la primera vez que un golpe de Estado contrarrevolucionario en Hispanoamérica ha producido tanto apasionamiento en toda Europa, en pro o en contra. Y es que, aparte de los datos concretos y geográficos del terrible suceso, todo el mundo ha visto en él una especie de reflejo de sus propias situaciones, reales o posibles. Por otra parte, la atribución de los sucesos de Grecia y Chile a un mismo designio —nombrado como Estados Unidos— y el apoyo moral y económico de los dos grupos golpistas en cada uno de estos países por otras

fuerzas paralelas en el mundo, reaviva la explicación del tipo «Santa Alianza». Y aún puede añadirse que la relativa impunidad con que han ocupado los poderes las nuevas fuerzas, los nuevos fascismos, puede servir de estímulo a otros.

Pero, ¿existe realmente problema de revolución en Europa? Los teóricos del marxismo creen que, por el contrario, la situación de crisis lo disminuye, desde un punto de vista conforme con la doctrina ortodoxa. La opinión general de los círculos marxistas europeos es la de que el capitalismo es el principal causante de la crisis actual, por dos vías: la de los gobiernos, maniatados por sus alianzas con Estados Unidos y por su servidumbre a los intereses capitalistas, y las de las grandes compañías petrolíferas (las «siete hermanas») que administran el fluido energético, y en cuyas manos están más o menos todas las fuentes de energía; y creen también que los que van a pagar las consecuencias son, como siempre, los trabajadores. Su impresión general es la de que se está utilizando la situación del Oriente mediterráneo para derivar la culpabilización hacia los árabes, pero que en realidad pretenden ir más lejos de lo que la

situación real requiere. «Es su crisis, es su culpa», dice, refiriéndose a la internacional capitalista, el «Socialist Worker», órgano de la Internacional Socialista. Y McLennan, hablando en nombre del partido comunista inglés, teoriza: «Los pueblos no van hacia el socialismo según su grado de desesperación o de hambre. Algunas de las secciones más militantes de la clase obrera son las que reúnen a los trabajadores mejor pagados».

Pero el hambre y la desesperación pueden conducir a «revueltas», a motines o a las que en el lenguaje moderno se llaman «huelgas salvajes». En ese caso, la represión se haría no sólo contra esos rebeldes, sino contra la clase trabajadora. Los círculos de pensamiento marxista ortodoxo vienen a coincidir, por lo tanto, con la tesis de moderación: de control de las acciones individuales. Y, por lo tanto, de evitar las provocaciones. Prácticamente, los dirigentes políticos y sindicales pretenden que el movimiento no se les escape de las manos, como podría suceder. Que no se vaya hacia el «gauchisme». Tratan de convertirlo, según las doctrinas imperantes desde hace muchos años, en una fuerza electoral, no en una fuerza revolu-

cionaria. Por ahora, la situación de crisis no les parece tan aguda como para eso, pero si lo suficiente como para obtener la adhesión de un electorado que, sin duda, culpa a los gobiernos por su falta de previsión. Porque hay, no lo olvidemos, una gran crisis de autoridad. Cada país tiene su Watergate, mayor o menor, pero el verdadero, el de los Estados Unidos, les afecta a todos. La caída moral de Nixon, la física y real de Agnew, está teniendo reflejos en todo Occidente.

En Alemania Federal, la oposición de izquierdas trata de imponer sus tesis dentro del partido socialdemócrata en el poder. En Italia, los socialistas estiman ahora más que nunca la posibilidad de cambiar de alianza, y la esgrimen frente a la democracia cristiana para obtener un dominio del gobierno. En Gran Bretaña se pretende que haya elecciones anticipadas, y es posible que el aplazamiento del viaje de Heath a China, anunciado para el 4 de enero, sea porque, en efecto, piensa en hacerlo así para salir del actual atolladero. En Francia es, naturalmente, la unión de la izquierda la que insiste en el tema de la crisis y de la realización real de Europa. «Una Europa que rechace el atlantismo,

LA POLITICA CERO

He aquí, a las puertas mismas de Occidente, una gran crisis, que difiere a la vez de las profecías marxistas y de la depresión de los años 30. Esta crisis no es debida a una contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la estructura del capitalismo. Tampoco a un desajuste entre la expansión de los bienes disponibles y la posibilidad de adquirirlos. Se trata, antes bien, de una crisis simple, elemental, estúpida, podríamos decir: una crisis de escasez, como la que han soportado los hombres durante milenios.

Los demógrafos y ecólogos habían anunciado un tipo distinto de crisis. Evocaban el ancestral terror al hambre. Siguiendo a Malthus, afirmaban que el crecimiento de la población sobre un planeta de superficie limitada haría insuficientes los medios de subsistencia. Estimaban que la contaminación y la destrucción de la Naturaleza por culpa de la proliferación de las industrias provocarían otros tipos de escasez: de aire puro, de agua potable, de vegetación, de espacio, de cielo, de silencio, de soledad.

Nos encontramos en el umbral de una escasez de distinto signo, que parecía impensable, inimaginable en nuestra sociedad de la abundan-

cia industrial: una escasez de objetos manufacturados. Los medios de que disponemos para su producción alcanzan un desarrollo fantástico y pueden aumentar de modo casi ilimitado, pero llegamos al límite de las materias primas y de las fuentes energéticas, sin las cuales esos medios se vuelven inútiles.

No al límite material, pues las reservas siguen siendo suficientes para prolongar durante algún tiempo el crecimiento económico de Occidente, sino al límite político, porque los países productores han decidido restringir las cantidades entregadas y aumentar los precios unitarios, a fin de impedir un agotamiento demasiado rápido de sus riquezas naturales sin ver por ello disminuidos sus ingresos. La guerra de octubre no ha hecho sino precipitar las decisiones de los árabes y su limitación por otros países. Tenía que ocurrir más tarde o más temprano.

En noviembre de 1973 se inauguró una «era nueva en la Historia del mundo». En adelante, los países industriales no fijarán ya los precios y los contingentes de las materias primas y de energía que compran al Tercer Mundo. Será, antes bien, este último quien les imponga parcialmente su voluntad, aun-

que en ningún caso podrá llegar demasiado lejos sin exponerse a reacciones violentas, pues ninguna gran nación ha tolerado jamás el verse acosada y reducida a la penuria por países más débiles que ella. Pero sea como fuere, el tiempo de las cañoneras y las expediciones coloniales parece haber pasado ya a la Historia.

Esta revolución en los intercambios internacionales no obligará a los occidentales a dramáticas restricciones, como ocurrió en la Europa de 1945. No sufrirán éstos una auténtica escasez de objetos manufacturados. En el peor de los casos, no podrán cambiar ni de coche ni de ropa con la frecuencia con que lo hacen ahora, deberán recurrir más a menudo a los transportes colectivos, tendrán que renunciar a ciertos chismes y productos inútiles, todo lo cual es perfectamente soportable. Ahora bien, un ligero descenso de la producción o su simple estancamiento bastarían para provocar una disminución en las inversiones, desaceleración del ritmo de producción y hasta el cierre de numerosas empresas, una multiplicación de los despidos, con el consiguiente aumento del paro y el recrudescimiento de las luchas sociales.

A las clases desfavorecidas les

(1) El diálogo entre Day y Shonfield se publicó en «The Observer», de Londres, el 16 de diciembre.

abierta al Este, dirigida hacia el tercer mundo, independiente y pacífica, podrá preservar la paz interior y contribuir a la paz internacional», dice Gaston Defferre. Y Mitterrand propone un programa más concreto: «Hay dos hipótesis para nosotros, los socialistas. La primera sería aislarse organizando la lucha en el interior de un país (Francia) donde suponemos que seríamos capaces de construir el socialismo. La segunda es la de marchar con audacia, la de creer: ¿quién mejor que nosotros está preparado para trabajar en Europa Occidental e intentar por nuestros medios llegar a nuestros objetivos? Hay que construir Europa, hay que construir el socialismo». «¿A quiénes vamos a hablar mañana? ¿Son libres de escucharnos los países europeos? Volvamos a encontrar el lenguaje que conviene, y observemos los hechos tales como son (...). De este congreso (el socialista) debe salir la gran oportunidad socialista de Europa, porque creo a fondo en las oportunidades de un socialismo que expresara una gran parte del pensamiento socialista francés y que no dividirá los países socialistas en lucha».

Hay también quien piensa que a lo que se va velozmente no

es a un socialismo marxista o popular, sino un socialismo de Estado, a un antiliberalismo. Un socialismo de Estado, ¿puede ser un nacional-socialismo? ¿Puede serlo, aunque se refiera a una entidad supranacional, como es Europa?

La realidad es que en estos momentos la política y los políticos van por detrás de los acontecimientos. Están tratando de trabajar sobre los síntomas, de parar lo más grave de las circunstancias en el momento en que se van produciendo. Lo intentan a veces por medios absurdos. Lo cual puede conducir a situaciones absurdas. Ninguna está excluida. La más visible a un plazo medio es la de una acción determinada contra el tercer mundo que permitiese durante un tiempo dar a Occidente (incluyendo la URSS) un cierto restablecimiento de las condiciones económicas anteriores a la crisis de octubre-noviembre, lo cual requeriría también una serie de medidas, visibles o invisibles, contra las oposiciones de izquierda. La reacción del tercer mundo y de las oposiciones a esas medidas es mucho menos previsible de lo que creen los actuales dirigentes políticos de Europa. En el poder o en la oposición. ■ J. A.

MAURICE DUVERGER

resultará más difícilmente soportable su suerte si no tienen la esperanza —o la ilusión— de poder mejorarla progresivamente. El atractivo del crecimiento ayudaba a soportar las injusticias sociales. El hoy se volverá más triste y más gris si no confiamos en que el mañana será más alegre y luminoso. La idea de un nivel de vida en constante elevación forma parte integrante del capitalismo contemporáneo. El freno o el paro total de la expansión ponen en peligro las bases mismas de las sociedades occidentales. ¿No se ha convertido el crecimiento de la producción en su objetivo esencial, su justificación suprema, el fundamento mismo de su sistema de valores? ¿Qué fin les asignarán a los hombres cuando ya no puedan tentarlos con los porcentajes relativos al crecimiento del producto nacional bruto?

Estas perspectivas afectan igualmente al socialismo. Es lícito pensar que el socialismo será más necesario que nunca para repartir equitativamente los sacrificios y organizar racionalmente una producción sin despilfarro. Pero la izquierda francesa no puede referirse ya seriamente al programa común, cuya realización supone un crecimiento acelerado. Hay quien duda-

ba de que ese crecimiento pudiese llevarse a cabo mediante la liberación de nuevas fuerzas productivas, consecuente al establecimiento de nuevas relaciones sociales. De todas formas, semejante proceso ha dejado de ser factible: debido a la escasez energética y de materias primas, no podrían explotarse las nuevas fuerzas productivas.

No podrán introducirse sin riesgos cambios tan profundos en el comportamiento y la mentalidad de los hombres. Para evitar las posibles catástrofes será preciso que políticos y partidos den muestras de imaginación, de audacia, de valor. Harán falta Roosevelt para evitar que surjan nuevos Hitlers. Hay que lamentar a este respecto el que nuestros gobernantes se parezcan más que a nadie al Hoover que estaba a la cabeza de los Estados Unidos en 1929. Nuestros gobernantes se niegan a entender tanto la magnitud de la crisis como su carácter irreversible. Se aferran a unos cuantos detalles tranquilizadores —nuestras buenas relaciones con los países árabes, por ejemplo— sin tener en cuenta la situación global. Parecen desatender la perspectiva de un crecimiento cero. Pero llevan a cabo una política cero. ■ © Le Monde-Publicaciones Controladas.

Los Contem pora neos

IDEAS RECIBIDAS

Era la época de "los tontos vestidos de franela y los idiotas enfangados en el golf": Kiplin no fue piadoso para con sus compatriotas. La Reina Victoria, diminuta y rígida, pasaba en carroza descubierta hacia las fiestas de su Jubileo de

Diamante: la rendían honores tropas traídas de los continentes, con uniformes espectaculares. La sociedad era hermética. Si alguno de los nuevos ricos que habían especulado con lejanas minas de oro pasaba la botella de oporto hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda, sus invitados podían muy bien levantarse uno tras otro de la mesa y, con heladas disculpas, salir de aquella casa para no volver más: "manners before morals". Sonrosados, rubios, con los ojos azules, los caballeros bostezaban en sus clubs del Mall antes de ir al Alhambra a ver "La hija del tambor mayor" —el último éxito de Offenbach—, o "The world", en el Drury Lane, con el incendio de un barco, lucha en un manicomio, un asesinato con cloroformo y algunas cosas más.

Era, en fin, la época del joven Winston. ¡Winston Churchill! Véanlo ustedes esta semana en el cine: sólo cuesta ochenta y tres pesetas. Verán azotar su asalmonado trasero en una "public school" y le verán quejarse de la falta de presencia en el hogar —el castillo— de su padre, el Muy Honorable. Su padre no podía atender a su hijo porque se había empeñado en luchar en los Comunes contra los gastos militares excesivos: no se enteraba bien de que el Imperio costaba dinero. Todo se explicará luego: es que tenía un tumor en el cerebro. Verán cómo el joven Winston pronuncia, luego, su "maiden speech" en los Comunes y vuelve a tomar la herencia del tema de su padre: recortar los presupuestos de guerra de Joseph Chamberlain. Pero el joven Winston no tenía tumor en el cerebro y, por lo tanto, todo era un valor entendido: seguía la tradición. El oporto hacia la izquierda, please. Más tarde sería Primer Lord del Almirantazgo, más tarde sería Winston Churchill: el hombre que gastó más dinero en armas y municiones para su país. Pero esto no lo ve-

rán en su cine favorito. Tampoco verán su primera aventura: la que le hizo luchar contra los españoles al lado de los norteamericanos en la guerra de Cuba. Una piadosa leyenda posterior le ha situado junto a los insurrectos que pedían la indepen-

dencia. Pero, no, no: estaba con el ejército expedicionario de los Estados Unidos. No se preocupen, no le van a ver ustedes: sólo le verán matando indios en la India en un caballo blanco, defendiendo un tren —atacado por los boers— en Sudafrica. Pero no verán nunca la sangre. Es, quizá, "shocking".

Y, sin embargo, la sangre es historia. Pero, ¿quién ha dicho que "el joven Winston" sea historia? Sus productores, sus anunciantes. Hemos, en fin, de creerlo. Después de todo, la vida es una falsificación; la vida es una imitación de la vida. En otro cine verán ustedes "Fake", de Orson Welles: o de cómo los falsificadores de la vida no hacen más que falsificar lo ya falsificado y, puesto que los grandes creadores son falsificadores en sí, los falsificadores son grandes creadores. Falsifíqueme usted al joven Winston, que yo me encargaré de falsificarme a mí mismo. Y al mundo en torno.

Se publica ahora el "diccionario de tópicos" de Flaubert (junto con sus "Tres cuentos", en Seix y Barral: una cuidada traducción de Consuelo Bergés). Las "ideas reçues", ¿de dónde las recibimos? ¿Hay una fuente secreta? ¿Aceptaremos para siempre que Winston Churchill —por ejemplo— fue un caballero defensor de la libertad, de la justicia, de la paz, le elevaremos un monumento en los corazones? ¿Veremos siempre a Lady Carolina Lamb y a Lord Byron, y a su tiempo, como nos los enseña otra pantalla vecina?

Parece, en fin, que sí. Ya no hay fuerza humana capaz de luchar con las "ideas recibidas" y transmitidas, con un par de siglos de alegre intoxicación. Dejémoslas llevar por la simpatía, la ambición graciosa, el valor y la lealtad filial del joven Winston. Hasta que algún cineasta español nos ofrezca "El joven don Práxedes Mateo Sagasta", por ejemplo. ■

POZUELO